

LAS RELACIONES ENTRE LO SOCIO-HISTÓRICO Y LO VITAL DE SPENCER A LYSENKO

I.—*Origen y desarrollo del biologismo sociológico.*

1.—En las dos últimas décadas del siglo pasado el agotamiento de la primera etapa de la filosofía idealista vino a coincidir con diversos fenómenos sociales y culturales que preparaban la aparición de un nuevo pensamiento sociohistórico: entre los primeros citaremos la consolidación de la economía industrial directamente entroncada con el progreso científico que a través de aquélla vino a convertirse en el informador de las nuevas formas de vida y de producción; y también el ensanchamiento de las fronteras geográficas de la civilización occidental, gracias al cual menudearon nuevos hallazgos sociales y culturales que contrastar con la de cuño europeo. Entre los fenómenos intelectuales deben anotarse el fortalecimiento de la ciencia positiva de la sociedad, el desarrollo de la biología, la física y la química y la aparición de la psicología experimental. La crisis del hegelianismo indujo a los investigadores de la naturaleza y del hombre a echarse en brazos de esos nuevos métodos que proporcionarían a sus nociones un cañamazo aparentemente sólido y comprobable y con él la posibilidad de establecer unas leyes que el pensamiento metafísico no parecía ya capaz de dar. En el fondo, todo este movimiento viene a consistir en una adaptación del acervo de las ciencias del espíritu al método y al léxico de las de la naturaleza para que aquél pueda beneficiarse de la exactitud de éstas. De tal modo, el pensamiento europeo dirigió un voto de censura al idealismo y le rehusaba toda aptitud explicativa e ilativa.

En el presente estudio consideraremos sucesivamente los resultados generales de la traducción de la temática del hombre al lenguaje y al

sistema de las ciencias de la vida, traducción personificada, sobre todo, por Darwin, Spencer y sus seguidores. Nos interesará luego seguir la bifurcación ulterior de esta actitud de principio, distinguiendo entre la escuela que persevera en creer que aquel repertorio de datos tenga carácter orgánico, escuela ésta predominantemente biológica; y la escuela que se distancia ya del materialismo inicial para insistir en que dichos datos humanos no se estructuran como un organismo sino como una organización, postura ésta teñida de color etnológico.

La publicación en 1859 de *The origin of species*, de Darwin, produjo un resultado probablemente más amplio que el deseado estrictamente por el autor. Las gentes dedujeron de la obra que había quedado superada y anticuada toda distinción entre el mundo histórico y el mundo natural, en cuanto que el primero había perdido la exclusiva del dinamismo y la progresividad y la naturaleza resultaba ser también perfectible. Bagehot, primer darvinista social franco, publicó en 1873 su *Physics and Politics* — «Pensamientos sobre la aplicación de los principios de la selección natural y la herencia a la sociedad política, subtítulo que indica claramente el objetivo de la obra. Divide la historia de la sociedad humana en tres etapas fundamentales: la primera es la época de creación de costumbres en la que éstas van modelándose gradualmente y cobrando ascendente sobre el pensamiento y la acción; la segunda etapa es el conflicto de grupos que había adoptado esos diversos sistemas y constituye la denominada época de formación de las naciones o estados, en la cual un grupo victorioso triunfó sobre los demás, imponiéndoles las costumbres propias. La discusión, tercera etapa social, sirvió para eliminar costumbres anticuadas, desarrollar la tolerancia y abrir camino a las innovaciones, pero no pudo nunca destruir enteramente lo viejo, de modo que la civilización se ha caracterizado por la herencia social de las mejores costumbres del pasado, junto con la posibilidad de añadir nuevos elementos, productores de cambios, a la cultura y a las instituciones.

Bagehot escribió su *Physics and Politics* para poner de manifiesto las aplicaciones sociales de la nueva biología, su obra fué tanto de matiz psico-sociológico como biológico. No atribuyó gran importancia a los factores estrictamente biológicos y raciales, importancia que caracteriza a los darvinistas sociales perfectos, como Gumpłowicz, ni exaltó el papel social de la lucha. La principal importancia de Bagehot en la historia de la escuela estriba probablemente en la influencia que ejerció sobre Spencer.

Albion W. Small resumió el significado de la posición de Spencer en los *Principles of Sociology* en la siguiente forma: «El sistema de Spencer es un intento de dar nombre, lugar e importancia a los factores significativos de la asociación humana. No es un sistema de concepciones especulativas. Es un intento de representar en el lenguaje los hechos literales de la sociedad en las relaciones en que se presentan verdaderamente en la vida real». (*General Sociology*, Chicago 1905, p. 130).

Giddings trató de formular un resumen del pensamiento de Spencer, estableciendo que sostiene que las sociedades son organismos o agregados superorgánicos; que entre las sociedades y los cuerpos que las rodean, como entre los demás agregados finitos de la naturaleza, hay un equilibrio de energía. Hay un equilibrio entre sociedad y sociedad, entre un grupo social y otro, entre una clase social y otra. Este equilibrio, toma forma de lucha por la existencia entre las sociedades. La lucha se convierte en actividad habitual de la sociedad. En esta lucha surge el miedo a los vivos y a los muertos. El miedo a los vivos como suplemento de la pugna, se convierte en raíz del control político. El miedo a los muertos se convierte en raíz del control religioso. La lucha habitual, organizada y dirigida por los controles político y religioso, se convierte en militarismo. El militarismo moldea el carácter y la conducta y la organización social, haciéndolos aptos para la guerra habitual. El militarismo reúne a los grupos sociales pequeños en grupos mayores y a éstos en otros, cada vez mayores logrando la integración social. Este proceso amplía el área dentro de la cual encuentra trabajo industrial la población habitualmente en paz. La paz habitual y la industria moldean el carácter, la conducta y la organización social, haciéndolos aptos para la vida pacífica y amistosa. En el tipo de sociedad pacífica disminuye la coacción y aumentan la espontaneidad y la iniciativa individual. La organización social se hace más plástica y los individuos que se mueven libremente de un lugar a otro, cambian sus relaciones sociales sin destruir la cohesión social, cuyos elementos son la simpatía y el conocimiento, que sustituyen a la primitiva fuerza. (Cfr. Barnes y Becker, *Historia del pensamiento social*, México, 1945, t. I, pp. 649-650).

Spencer no afirmó nunca la realidad del organismo social. No hizo sino emplear las analogías de los sistemas nutritivo, distribuidor y regulador, las estructuras y funciones sociales y las metamorfosis sociales como paralelos que ayudasen a la imaginación, no como ex-

plicaciones ni descripciones. En el capítulo final de la parte II, dice en sustancia : «No hay analogía entre el cuerpo político y un organismo vivo, aparte de la que impone la dependencia mutua de las partes». Y en una nota al pie de la página exclama : «Tengo motivos para hacer este solemne repudio de la creencia en que existe una analogía especial entre el organismo social y el humano. En la «Westminster Review», de Enero de 1860, publiqué un esquema de la concepción general. Rechazaba expresamente en ese trabajo la concepción de Platón y de Hobbes de que hay un parecido entre la organización social y la organización de un hombre, en la que decía que no existe base de ninguna especie para suponer esto. Sin embargo, una crítica de este artículo me atribuía la idea que había condenado tan claramente».

No puede, sin embargo, negarse razonablemente que Spencer estaba ligado a una concepción biologista de la sociedad, ya que se aferró a ella incluso cuando Huxley y otros demostraron que estaba en contradicción fundamental con su anarquismo filosófico.

La formulación abierta del carácter orgánico de la sociedad se debe a los seguidores de Spencer y de modo especial a los pensadores franceses. Alfred Fouillée (1838-1912) publicó en 1880 *La science sociale contemporaine*, donde intentaba combinar las doctrinas del contrato social y el organismo social, de modo que la sociedad fuera un «organismo contractual», a la vez natural y artificial.

Al señalar las semejanzas que hay entre sociedad y organismo, Fouillée enumera cinco características comunes a ambos, a saber : concurrencia de partes semejantes ; estructura sistematizada que permite una distribución funcional de los miembros ; vitalidad orgánica de los elementos constituyentes ; espontaneidad de movimiento y procesos de desarrollo y decadencia. En la demostración de sus asertos, Fouillée sigue muy de cerca a Spencer. Hay, sin embargo, algunas importantes diferencias cualitativas entre la sociedad y el organismo. En primer lugar, sólo el organismo social tiene una finalidad propia y sólo en él se reconocen mutuamente los elementos constitutivos que cooperan para fomentar el fin común. Los lazos principales de la sociedad son psíquicos y se basan en la simpatía de los miembros semejantes. No puede decirse que exista un cerebro social ; aunque los hombres de ciencia, filósofos y gobernantes puedan representar un cerebro social, no existe una conciencia social individualizada y separada. Acaso sea lo característico de la teoría de Fouillée el haber subrayado la ausencia de un sensorio social, elemento de la volición consciente.

René Worms (1869-1926), fué el expositor más extremista de la escuela organicista entre los partidarios franceses de ella. Define la Sociedad como «un agregado duradero de seres vivos que realizan en común todas sus actividades» y encuentra cuatro características que corresponden tanto a la sociedad como al organismo: estructuras externas variables por lo que hace al tiempo e irregulares en la forma; estructuras internas con cambio constante debido a la asimilación e integración y a la desasimilación y desintegración; hay entre sus partes una diferenciación coordinada; y finalmente ambos tienen la facultad de reproducirse.

Sales y Ferré, entre nosotros, recogió estas ideas para afirmar que entre el organismo y la sociedad existe una general semejanza, por cuanto el uno y la otra son sistemas de actividades coordinadas entre sí y subordinadas a una dirección común. Mas fuera de esta nota idéntica, en todo lo demás difieren. El elemento orgánico es la célula; el elemento social, el individuo. Las células sólo poseen rudimentos de sensibilidad y de motilidad; los individuos tienen inteligencia y voluntad. El nexos entre las primeras es fisiológico; el nexos entre los segundos es físico. Las células, al soldarse unas a otras para formar el organismo, pierden su individualidad; los individuos, al relacionarse entre sí para formar la sociedad, no sólo conservan, sino que aumentan su individualidad. Por ello, mientras las primeras viven y mueren en donde nacen, esclavas inconscientes del organismo, en cuyo provecho se nutren y se reproducen, los segundos reaccionan contra sus semejanzas, mudan de sitio dentro de la sociedad y a menudo emigran de una a otra.

La tesis que parangona la contextura de las sociedades con la de los organismos tiene, como se sabe, su representante en Schäffle, quien publicó su obra principal *Bau und Leben des sozialen Körpers*, en siete volúmenes, entre 1875 y 1878, para sostener que la sociedad no es un organismo real, sino más bien una unión vital de individuos constituida espiritualmente, pero no filosóficamente. El estudio de las formas y funciones de la sociedad queda bautizado con el nombre de morfología y fisiología sociales y se llama psicología social a la ciencia que se ocupa de la vida psíquica de la sociedad.

El darwinismo social puede encontrarse también, en forma de lección biológica y social, en los trabajos de Paul Jacoby y G. Vacher de Lapouge. En sus *Etudes sur la sélection dans ses rapports avec l'hérédité chez l'homme* (1881), Jacoby adoptó la posición de que la

civilización es antitética con el proceso biológico y que la evolución social va acompañada de un deterioro biológico. A medida que avanza la cultura, las clases superiores tienden a restringir los nacimientos y a plegarse a géneros de vida que conducen a un retroceso biológico. De aquí que las partes más importantes de la estructura social van pulverizándose de modo incesante hasta que, finalmente, el conjunto se hunde en la ruína.

Lapouge llegó a conclusiones igualmente pesimistas en sus obras principales (*Les sélections sociales* (1896); *L'Aryen, son rôle social* (1899); y *Race et milieu* (1909). La selección militar, según el autor, elimina lo mejor de la raza; la selección política, mediante los efectos de la guerra civil, las prisiones, el patíbulo y el destierro se desembaraça de los espíritus más independientes y tiende a hacer más sumisa y manejable a la población; la selección religiosa, por el celibato de la clerecía y por la persecución, tiende, también, a eliminar los cerebros más dados a la independencia; la selección moral y legal produce efectos disgénicos; y la selección económica, por cuanto actúa en muchos medios diferentes, opera de manera destructiva sobre los elementos superiores de la raza. A medida que la civilización llega a estar más avanzada, los efectos de las diversas formas de selección social se hacen más funestos.

Con la publicación en 1894 del libro de Benjamín Kidd (1858-1916) *Social Evolution*, se produjo un nuevo desarrollo del darwinismo social y de la analogía organicista reforzado por la revisión neodarwinista de esa teoría por Weismann. El progreso, dice, solo se produce por aquella selección natural resultante de la lucha por la existencia y si no se produce el progreso, el resultado será no sólo el estancamiento sino también la regresión. Las condiciones sociales de cualquier momento determinado en cuanto parte del desarrollo progresivo de la humanidad, carecen de todo fundamento racional. La razón y todas sus consecuencias son antisociales y regresivas. Si la razón no ha cuidado el desarrollo progresivo de la sociedad, ¿cuál ha sido la causa de ese proceso? La religión, dice Kidd, que da una sanción ultrarracional a las formas de conducta humana conducentes al progreso y opuestas a la razón. Esa religión no puede ser del tipo propuesto por Comte; es decir, no puede ser una doctrina racional de deberes sociales. Tiene que ser supra o ultra-racional.

Desprendiéndose de este vocablo, poco grato para la sociología materialista, de «religión», William Graham Summer buscaría un con-

cepto que poseyese el mismo carácter normativo y, al propio tiempo, surgiese de la esfera de lo natural: los «Folkways». La teoría de los «Folkways» de Summer es la siguiente: guiado, de una manera general, por instintos heredados de antepasados animales y por la capacidad psicofisiológica de distinguir el dolor del placer, el hombre ha construido gradualmente, por un «proceso de ensayo y error», ciertos tipos de conducta de grupo. Estos hábitos de grupo actúan, en la subconciencia y adquieren gran poder, a medida que pasa el tiempo, mediante la fuerza de la tradición, los hábitos y la sanción religiosa. Cuando los «Folkways» llegan al nivel de la reflexión consciente y son considerados aptos para asegurar el bienestar y la prosperidad permanentes del grupo, quedan transformados, de este modo, en «mores». Las «mores», en la medida en que las apoya la autoridad del grupo, son el agente principal mediante el que opera la selección social. Las «mores» determinan lo que debe ser considerado como modos de conducta correctos o incorrectos en cada grupo. La moralidad no es, pues, una cosa absoluta y universal, sino relativa y local. Summer no intentó perfeccionar el estudio de la evolución y desarrollo de las «mores». Esta tarea fué realizada por su discípulo Keller (1874).

Keller sostiene que es hora ya de que la fórmula de Darwin sea adoptada por la sociología. Comienza por afirmar que la evolución social es principalmente psíquica y no física, por cuanto las «mores» son análogas a las células germinales y embriones del mundo orgánico; son la «materia prima» sobre la cual y mediante la cual opera la evolución social. La cuestión es si en la evolución de las «mores» se dan también los factores principales de la teoría de la evolución darvinista: variación, selección, transmisión y adaptación. La variación en las «mores» se muestra en el hecho de que no hay dos grupos que posean códigos idénticos de procedimiento consuetudinario. Estas variaciones surgen de las diferencias entre los grupos en cuanto a su reacción mental frente al estímulo de sus medios respectivos.

Keller encuentra tres tipos de selección: el automático, el racional y la contra-selección. La selección automática no implica una consciente adaptación de medios a un fin preconcebido, sino que se efectúa mediante los procesos generales de la guerra, el sojuzgamiento, la lucha de clases y la competencia. La selección racional tiene lugar en la sociedad, en diferentes grados entre las diversas clases de «mores». En general la selección racional en las «mores» se realiza de una manera indirecta. Las relacionadas con los procesos de automantenimien-

to de la sociedad son las menos absorbidas por el sentimiento y en ellas los cambios beneficiosos son más sencillos y comprobables.

Keller entiende por contra-selección aquel tipo de selección social que torna al individuo menos apto biológicamente. Enuncia sumariamente los factores sociales modernos que dan por resultado la supervivencia de los pocos aptos biológicamente: éstos son, principalmente, la guerra, la industria moderna, el celibato, el matrimonio tardío y la esterilidad de las mejores clases de la sociedad.

2.—Vulnerando el orden cronológico hemos formado grupo aparte con aquellos pensadores en quienes la impronta darvinista se manifestó especialmente en su preocupación por definir como fenómeno radical e informante de la sociedad el de la lucha. Ciertamente es que desde Polibio ha habido teóricos que han considerado que el elemento primario del estado son las condiciones resultantes de la lucha entre sociedades e individuos.

El primero de los portavoces sobresalientes de esta doctrina fué Gumplowicz, quien, al esforzarse en hacer de la sociología una ciencia natural, intentó basarla en ciertas leyes universales o cósmicas definidas, aplicables a la ciencia social. La principal fué que la evolución social y cultural era producto de la lucha entre grupos sociales y que la guerra entre grupos era en el campo social análoga a la lucha por la existencia y la supervivencia de los más aptos en el campo biológico, defendida por Darwin. Al aplicar esa hipótesis al origen del estado, se parte de los supuestos de un odio mortal e innato entre los diferentes grupos, pueblos y razas.

Ratzenhofer, como su predecesor, estableció un principio universal para explicar todos los fenómenos sociológicos: todo individuo está dotado de ciertas fuerzas íntimas de carácter vital y psíquico que se denominan intereses. El proceso social es una serie incesante de reacciones de personas movidas por intereses, en parte contrapuestos y en parte coincidentes con los intereses de sus semejantes. De ahí que las relaciones entre los diversos individuos sean de dos tipos: las producidas por la conjunción de intereses y las movidas por su conflicto.

En época más reciente, el defensor más destacado de la teoría de la lucha ha sido Franz Oppenheimer, quien sigue las huellas de otros autores anteriores de la escuela de la lucha, y en especial las de Gumplowicz. La teoría fundamental de Oppenheimer está contenida en una de sus primeras obras, «*Die Staat*» (1910; segunda edición 1926). Op-

penheimer divide en la siguiente forma las etapas del desarrollo del estado primitivo: el primer estadio comprende el robo y la matanza, el rapto, el saqueo de ganados y la quema de moradas. El momento en que, por primera vez, el conquistador no arrebató la vida a su víctima, con objeto de explotarla permanentemente en el trabajo productivo, tuvo una importancia histórica incomparable: dió origen a la nación y al estado, al derecho y a la economía superior, junto con los desarrollos y ramificaciones que han surgido de ellos en el pasado y que surgirán en lo porvenir. Los seis estadios descritos por Oppenheimer son: exterminio, apropiación del excedente, entrega de tributos, ocupación, regulación y amalgama.

II.—La huella darviniana en el pensamiento sociohistórico ulterior.

3.—En el *Ethos de nuestro tiempo* (Bonn, 1934, hay trad. esp.) de Siegfried Behn, se afirma que el rasgo central del ethos moderno es la primacía atribuída a lo vital. Por verse en la vida—prosigue—no sólo el fenómeno primordial humano, sino el bien por excelencia, en su afirmación y en el cómputo de sus calidades se quiere ver asimismo el canon determinante de los valores. Esta pretensión nos sonará tanto más a un remedo de la contraposición schopenhaueriana de la voluntad y la representación y nos parecerá más claramente superada si la comparamos con sus hermanas gemelas: la tesis energética en Física y la tesis vitalista en Biología. Sabido es que el energetismo, proclamado por Mach, afirmaba la fluencia y la variabilidad de las «verdades», sostenía la necesidad de mover la investigación dentro de la órbita de los fenómenos mismos, la dependencia de todo fenómeno respecto de otros, la eliminación de cualquier presupuesto metafísico, la renuncia a toda lucubración causativa y la autonomía del juicio del observador.

Sabido es también que, de Hertz en adelante, estos principios metodicos fueron reemplazados o transformados con el establecimiento previo de una legalidad, la deducción graduada de consecuencias de los fenómenos y de consecuencias de consecuencias, la fe en la «adaequatio intellectus et rei» y la aceptación de los juicios categoriales como coadyuvantes indispensables de la observación empírica, llevada ésta por Heisenberg al extremo de afirmar que en el mundo atómico no caben juicios de primer orden y de elaborar una nueva álgebra donde se da naturaleza matemática a nociones comunmente diputadas de imaginativas y simbólicas.

De la misma manera han quedado rebasadas las «autoergasias» de Roux, quien sostenía que la vida es un acaecer que ha de ser definido funcionalmente, las «entelequias» animadoras de Driesch, el «círculo funcional» de von Uexküll, parte de los «tropismos» de Loeb, y otras tentativas vitalistas de realzar, aislar, trascendentalizar y autonomizar el hecho de la vida, liberándolo de toda sujeción a las cortapisas teóricas de la causalidad, y poniendo a la vida en un plano superior al de la física o la química. De este modo, la vida se fenomeniza y en su investigación se prefiere el logro empírico de «comprensiones totales» a la obtención lógica de explicaciones causales.

«Vitalism also developed a type of transcendentalism that attributed only modest significance to the individual»—escribe Abbott Payson Usher, en *The significance of modern empiricism for history and economics* («The Journal of Economic History», IX-2, Noviembre de 1949, pp. 137-156), y prosigue más adelante: «Historical work has rarely been formulated with any consistence: much basic documentary work is empirical, but in much interpretative writing transcendental idealisms appear in many forms... This confused mingling of empiricism with transcendentalism is less and less excusable».

El darwinismo introdujo en la biología una ferviente inquietud teológica, buscadora de causas y fines necesarios. Mejor dicho, de una sola causa y un solo fin supremos y únicos verdaderos, puesto que la única línea de ideas por donde Darwin quiso andar fué la de la utilidad o inutilidad de los hechos como factor de selección para la conservación del individuo y de la especie.

Como ha hecho notar Dorfman, en su obra *Thorstein Veblen and his America*, la influencia del darwinismo superpuesto al marxismo original consiste en sustituir la estrecha concepción económica impulsada por móviles conscientes de ganancia, por una concepción más amplia del interés colectivo, dando por resultado una mezcla de impulsos instintivos a los que la razón más bien sirve que manda. Ahora bien, los socialistas de hoy, alarmados por esta súbita irrupción de un factor racional autónomo en su mecanismo, corren en seguida a rectificar este viraje sugiriendo que el principio selectivo de la supervivencia se funda en la adaptación a un medio ambiente que se transforma sin cesar por obra de la misma voluntad humana (p. 244). Tal es la tesis del «man makes himself» claramente situada en el campo empirista por Abbott Payson Usher, en su citado trabajo.

Estas consideraciones nos preparan para considerar la doctrina de la escuela biológica soviética de T. Lyssenko. En la declaración de principios pronunciada por T. Lyssenko en el momento de su máxima gloria oficial ante la Academia «Lenin» de Ciencias Agrícolas de Moscú, (que fué recogida en «Pravda» de los días 4, 5 y 10 de Agosto de 1948), se dice: «La aparición de la doctrina de Darwin expuesta en su libro *Origen de las especies*, ha sentado los cimientos de la biología científica. La idea directriz de la teoría darwiniana es la de la selección natural y artificial. Mediante la selección de modificaciones favorables al organismo se crea la armonía que observamos en la Naturaleza, en la constitución de los organismos y en su adaptación a las condiciones de vida. Darwin dió con su teoría de la selección una explicación racional de la armonía de la naturaleza. Su idea de la selección es científica y justa... Al aparecer la doctrina de Darwin, se hizo evidente que su entraña científica y materialista se hallaba en contradicción absoluta con el idealismo que dominaba en biología. Los biólogos progresistas de nuestro país como del extranjero vieron en el darwinismo el único camino acertado para el desarrollo de la biología científica y emprendieron su defensa activa contra los ataques de los reaccionarios, a cuyo frente está la Iglesia con los oscurantistas de la Ciencia, como Bateson... Si el darwinismo, tal como lo expuso Darwin mismo contradecía el punto de vista idealista, el desenvolvimiento de la doctrina materialista ha acentuado esta contradicción, y por ello es por lo que los biólogos reaccionarios han hecho cuanto han podido para expulsar del darwinismo todos los elementos materialistas... Los representantes de la biología reaccionaria, denominados neo-darwinistas, weismanistas o mendelistas-morganistas, defienden la teoría llamada de los cromosomas, como portadores de los caracteres hereditarios... Esta teoría no comprende en su concepción científica del ser vivo, las condiciones de vida. El medio exterior no es más que una base indispensable de la aparición y de la evolución de los diferentes rasgos del cuerpo según herencia. Por esta razón las transformaciones cualitativas hereditarias de los seres vivos son totalmente independientes, según esta teoría, del medio exterior y de las condiciones de vida... En realidad, las cosas ocurren muy al revés... El mendelismo-morganismo ha opuesto a la doctrina materialista de la herencia de los caracteres individuales de las plantas y de los animales, adquiridos en condiciones determinadas de vida, la teoría idealista que divide el cuerpo en dos elementos: el cuerpo mortal, llamado soma, y la materia heredita-

ria inmortal, el plasma ancestral... Al proclamar el carácter indeterminado del transformismo hereditario de las «mutaciones», los Morganistas-mendelistas estiman que este transformismo es imprevisible por principio. Esta concepción original de la imprevisibilidad se denomina idealismo en biología..., el organismo y las condiciones de vida que le son indispensables representan una unidad. Diferentes cuerpos exigen para su desarrollo diferentes condiciones de ambiente. Al estudiar las particularidades de estas diferentes condiciones de vida, conocemos las particularidades cualitativas de la naturaleza de los organismos... El conocimiento de las exigencias y de las reacciones del organismo ante las condiciones del medio exterior permite regular la vida y el desarrollo de este organismo (1).

La reglamentación de las condiciones de vida y de desarrollo de las plantas y de los animales permiten comprender mejor su naturaleza y establecer, en consecuencia, los medios de modificarlo según la dirección que nos interesa... Cada cuerpo se constituye según el ambiente exterior y según su herencia...». Y terminó diciendo: «Los biólogos soviéticos estiman que las teorías de Michurin son las únicas verdaderamente científicas. Los weismanistas y sus partidarios no merecen que se hable de ellos largamente. El porvenir es de Michurin; Lenin y Stalin han descubierto a Michurin y lo han legado al pueblo soviético... El Partido, el Gobierno y Stalin en persona se interesan constantemente en el desarrollo de su doctrina».

Frente a esta oscura interpretación de la posición del hombre y de todos los seres vivos en el mundo del cual son víctimas y verdugos al propio tiempo, interesa recoger el pensamiento del P. A. Messineo, S. I., en su trabajo *Il providenzialismo progressista*, publicado en «La Civiltà Cattolica» de Junio de 1956 (n.º 2.543, pp. 462-475), donde reitera la nunca bastante repetida distinción entre causas libres y causas necesarias. «Causa libera è soltanto l'uomo, sono gli uomini, i quali come facilmente può ciascuno dedurre dalla propria esperienza e

(1) Escribe el P. MESSINEO, S. I., en *Lo storicismo progressista*, en «La Civiltà Cattolica», Mayo de 1956, n.º 2.541, pp. 239-252: «L'economia, la tecnica, il progresso, creano condizioni esterne: egli (el hombre) si adatta, ma queste non annullano la sua creatività libera, non lo inceppano come un Prometeo legato allo scoglio. Egli diviene ed è insieme causa del divenire storico, in quanto ne è molle di propulsione e ad ogni suo momento imprime al sigillo della sua azione, la qualifica inconfondibile del suo spirito. Lo stesso progresso meccanico è suo, totalmente suo, e come egli ha saputo, con l'uso dell'intelligenza, dominare le forze fisiche, costringendole ad ubbidire al disegno della sua mente, così domina ancora gli avvenimenti e può inflletterli dando un nuovo corso alla storia».

dal modo come si comportano gli esseri a noi inferiori, animati o inanimati, poco importa, hanno una coscienza riflessa del proprio specifico agire, un orientamento di loro scelta nell'operare, un dominio continuo delle loro determinazioni, alle quali possono opporre ad ogni istante una diversa contraria ed opposta, e questa è sostanzialmente quella facoltà di autodomínio del proprio atto cui si dá il nome di libertà. Nell'universo visibile l'uomo e l'unica causa libera: fuori di lui a intorno a lui esistono cause necessarie, deterministicamente legate alle loro leggi naturali o agli impulsi organici, se appartengono al regno della vita. Sul piano umano il determinismo viene infranto dalla libertà... La storia, propriamente detta: si attua e si svolge, nel suo moto evolutivo, sul piano della libertà. Il mondo inanimato o materiale, il mondo animato e arazionale, non hanno storia».

Y culminando estas reiteraciones imprescindibles, permítasenos citar aquellas inolvidables frases de la Encíclica «Divini Redemptoris» del Papa Pío XI, en que enseña que el marxismo sostiene «non esserci che una sola realtà; la materia, con le sue forze cieche, la quale evolvendosi diventa pianta, animale, uomo. Anche la società umana non è che un'apparenza e una forma della materia, che si evolve nel detto modo, e per ineluttabili necessità tende, in un perpetuo conflitto delle forze verso la sintesi finale: una società senza classi. In tale dottrina, com'è evidente, non vi è posto per l'idea di Dio, non esiste differenza tra spirito e materia, nè tra anima e corpo», sociedad ésta que «sarebbe una società senz'altra gerarchia che quella del sistema economico» (2).

PEDRO VOLTES BOU

(2) I. GIORDANI: *Le encicliche sociali*, Roma, 1944, pp. 431.